
¿Cuál es tu historia?

Alma Fátima Romero Morán

Maestra en educación. Coordinadora de tutorías en la Universidad Pedagógica Nacional 111, Guanajuato.

aromero@upn111gto.edu.mx

Cuando pienso en los alumnos inolvidables, viene a mi mente Fedra, una jovencita que me dejó una gran lección de vida, pero que tardé años en comprender.

Mi primera experiencia como docente fue en una escuela privada inclusiva. Yo trabajaba con un grupo de estudiantes con necesidades educativas especiales en nivel secundaria, pero al cabo de dos años el grupo fue cerrado y me quedé sin empleo.

En esta escuela había conocido a la distancia a Fedra, que tomaba clases en el nivel de primaria. Mi salida de la escuela coincidió con la suya, su condición física ya no le permitía tomar clases presenciales, por lo que se hizo un acuerdo para que buscara un tutor que le diera clases particulares. Me acerqué a su madre y acordamos que iría a su casa 2 o 3 veces por semana. Mis intenciones eran nobles, pero mi mayor motivación, en aquel entonces, era obtener dinero.

Mi primer contacto cercano con ella impactó todos mis sentidos; era una jovencita de 12 años, pero parecía una niña de diez, su cuerpo era pequeño y muy delgado, su cabeza estaba cubierta por un gorro, los dedos se veían de un color rosa extrañamente brillante, no pude distinguir la totalidad de los diez dedos porque tenía las manos cubiertas con vendas y el vendaje continuaba hasta los hombros, entonces un olor a hierro llegaba a mi nariz y fue cuando me encontré con la mirada más trascendente de mi vida, sus ojos eran pequeños de color azul intenso y en ellos había una chispa inquieta que al instante era aprisionada por un dolor inmenso, siempre me costó trabajo sostener la mirada, su piel era tan frágil como las alas de una mariposa que se rompen con una extrema facilidad.

El dolor la acompañaba en todo momento de su vida, punzante y agudo, le impedía dormir, caminar, estar sentada, incluso tragar la comida,

porque la enfermedad incluso le provocaba heridas internas, que no cicatrizaban. El sufrimiento de esta pequeña era inimaginable, pero aún mayor era su fortaleza para soportar las heridas, miedos, tristeza y angustia.

Los días y horario de las clases estaban establecidos, sin embargo, había ocasiones en las que se negaba a la clase, la escuchaba sollozar y suplicar a su madre, a veces lograba su objetivo y otras no.

Su habitación era pequeña, purificada y ordenada, tenía una cama individual, un escritorio y varias repisas con figuras de la guerra de las galaxias, se notaba su fanatismo. El interior era helado al grado de que se me erizaba la piel. Entonces recordé que su madre me había explicado que para mitigar el dolor y disminuir el rompimiento de su piel, era necesario que tuviera un clima frío. Fedra amaba el invierno y eran los días en qué más podía salir de casa, pero la primavera la confinaba a su habitación.

Cada que atravesaba la puerta de su cuarto, siempre me recibía con una sonrisa, que esbozaba con dificultad. Se esforzaba por atender a las clases y aprender, pero su mente estaba ocupada y su mirada se perdía en su interior. Su ritmo de aprendizaje era muy lento, su motivación era baja, la cantidad de aprendizajes que obtenía eran pocos. Me sentía estresada y angustiada; mi compromiso era con los padres, deseaba ser una buena maestra; de esas que deja muchos aprendizajes escolares en sus alumnos y no lo estaba logrando, no sabía cómo, bajo esas condiciones tan adversas.

Un día me despedí de Fedra, había conseguido un trabajo en donde obtendría una mayor remuneración económica, la cual necesitaba. Seguí acumulando experiencia en la docencia. Fedra había marcado mi vida, pero esto lo entendería años después a través de la historia de dos jóvenes estudiantes, he aquí sus historias.

Varios años después me encontraba en la sala de maestros de una universidad, recuerdo que era un lunes cálido del mes de marzo, alguien tocó la puerta, era Moly, una estudiante que había tenido varias inasistencias, le indiqué que pasara y se sentara. Estábamos a menos de un metro de distancia, sus ojos eran grandes, su mirada profunda, penetrante y melancólica. Me comentó que iba a justificar sus faltas, las cuales eran muchas. Comenzamos a charlar, me platicó que tenía una extraña enfermedad que la había orillado a cambiar su vida y a renunciar a sus sueños; había tenido que dejar su tierra natal en busca de respuestas y

de un diagnóstico médico, renunciar a su equipo oficial de voleibol, a sus amigos e ilusiones. Ella ya tenía su vida planeada y la tuvo que cambiar repentinamente debido al gran dolor que experimentaba su cuerpo, día y noche, al grado de ser insoportable. Había estado con muchos médicos y bajo muchos estudios y no encontraban la razón de sus síntomas, su familia pensaba que no eran reales; como el dolor no se puede ver ni medir objetivamente, no había forma de demostrar que era real.

Observé que trataba de ser fuerte y afrontar la situación, pero las lágrimas rodaban por su rostro, todas las pérdidas le habían incluso arrebatado las ganas de vivir, por lo que el fin de semana había pensado en quitarse la vida. Cuando me confesó que tenía ideas suicidas constantes y que estuvo a punto de hacerlo, sentí que algo en mi interior se desgarró, quedé anonadada, le di algunos consejos de cómo proteger su vida, buscar su círculo de apoyo y le di la oportunidad de entregar sus trabajos que tenía retrasados, los contenidos académicos seguían siendo mi prioridad.

En la misma universidad conocía a Riat, una chica delgada, de mediana estatura, de ojos negros pequeños, con mirada evasiva y macilenta. Se sentaba en la equina más alejada del salón, sus movimientos eran tenues y leves, como si no quisiera ser vista. Yo preocupada por la participación de todos mis estudiantes, preguntaba directamente a los que menos hablaban, entre ellos a Riat, pero cada que le preguntaba se petrificaba, se trababa y no podía emitir palabra alguna. Hablé con ella en privado, le expliqué la importancia de la participación y le di algunas estrategias, mi tono era suave, pero ella temblaba y le sudaban las manos, a través de sus ojos se desbordaba su miedo. Tras el paso de varias clases seguía sin participar. Me intrigaba su comportamiento y no entendía por qué no usaba las estrategias y seguía tan silenciosa, fue entonces que decidí citarla.

A través de su rostro empapado, vi su tristeza y la sentí en mi propia piel, me platicó que sus padres no confiaban en ella, que sufría maltratos psicológicos constantemente, que se dirigían a ella con palabras ofensivas. En su interior había mucho dolor, tristeza y miedo. Su autoestima estaba quebrada en mil pedazos, frágil y vacilante, la confianza en sí misma se apagaba; desconfiaba de sus capacidades y habilidades, le costaba mucho trabajo aprender, recordar y partici-

par. Cuando le pregunté por qué seguía en la carrera, respondió “para demostrarles que si puedo” soltando un sollozo profundo y doliente, porque en su interior creía cada una de las palabras de sus padres; “no eres nada y nunca lograrás nada en la vida”, “nos haces perder el tiempo y dinero”, “eres muy tonta y no podrás terminar la carrera”, “ya mejor deberías salirte”. Comprendí tantas cosas, pude ver en su interior, me sentí triste, con lágrimas en mis ojos, pero las contuve.

Varios días estuve meditando, a mi mente venían tres nombres Fedra, Moly y Riat; las historias de estas estudiantes daban vueltas en mi cabeza, no les encontraba un significado, me angustiaban y atormentaban, sabía que me había equivocado, pero ¿en qué?, ¿por qué los aprendizajes no se estaban logrando?

Hablamos y leemos de empatía, pero realmente no tiene un lugar en el aula ni en la interacción de aprendizaje. Sólo por un minuto me puse a imaginar tener la vida de Riat, entonces un montón de sentimientos me abrumaron y de golpe mi mente me arrojó a imaginar viviendo como Fedra, sentir tanto dolor físico y aun así mantener el gusto por descubrir el mundo; con Riat descubrir que la familia es fuente de sufrimiento, pero en la escuela hay esperanza de un mejor futuro. Con Moly pude entender que la escuela era un lugar seguro, para distraer su mente. Entendí que era cuestión de sólo un minuto, tomarme el tiempo para conocer sus historias; llenas de anclas, grilletes o trampolines, que limitan o impulsan a ser alumnos destacados, y que a pesar de las adversidades y experiencias que han vivido, cada día están en el salón de clases, “dispuestos” a “aprender” contenidos, pero no de la vida.

Los alumnos son personas con una historia de vida que los hace peculiares y únicos, en su interior llevan sus experiencias, familia, enfermedades y prejuicios. Además de los contenidos académicos, deberíamos comprender la vida, romper esos patrones de generaciones y desarrollar la parte humana. A veces su alma está rota, desgarrada o fragmentada.

Si me tomo un minuto para preguntar ¿cuál es tu historia?, entendería tantas cosas.